



PALABRAS

Presento un cordial saludo al Padre Diego Orlando Serna Salazar, O.P, Prior Provincial de la Provincia San Luis Bertrán de Colombia.

Al Padre Sub prior In capite de este Convento Santo Domingo, Padre José Gabriel Mesa Angulo, O.P y rector del Colegio Jordán de Sajonia, a cada uno de los frailes sacerdotes y frailes profesos asignados a este Convento.

Padre Prior del Convento San Alberto Magno de Bogotá.

A los Frailes de los Conventos Hermanos, a nuestros laicos coequiperos en nuestras obras apostólicas a mi querida familia y a todos aquellos que fraternalmente han deseado acompañar esta ceremonia significativa para la vida del Convento de Santo Domingo de Bogotá.





HOMILIA

Las lecturas que hemos escuchado, pertenecen a la gran fiesta de Pentecostés que celebramos el domingo pasado y con la cual cerramos el tiempo glorioso de pascua. La Iglesia festeja con gran emoción y alegría, la venida del Espíritu Santo y recuerda cómo María y los Apóstoles al recibir el Espíritu de Dios, el Espíritu Divino, vencen el miedo y se disponen para ir a la Misión Evangelizadora de la Iglesia.

Pentecostés, es para la Iglesia una de las tres grandes festividades junto con la Natividad y la Pascua de Resurrección. Es tan grande, que antes del Concilio Vaticano Segundo se celebraba la octava de pentecostés. La siguiente semana de la fiesta de Pentecostés, la liturgia exalta la gracia y virtud Trinitaria de modo particular, la acción del Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente y sobre los Apóstoles.

Esta magnífica fiesta entonces, la podríamos comprender, dirían algunos Padres de la Iglesia, como la restauración del pueblo de Dios, ese que pueblo que ha caminado por el desierto y que con la redención de Cristo ahora es configurado en María y los Apóstoles, quienes fueron enviados a bautizar y predicar el evangelio a todas las naciones.

El Espíritu representado en lenguas de fuego, nos dice que ya hay algo esencial en la vida de cada cristiano desde el bautismo. El Espíritu se aparece en forma de fuego y en las lenguas, haciendo que cada uno de los Apóstoles quitara el miedo de su vida e iniciara una acción evangélica proyectada al nacimiento de una iglesia primitiva, que debía irrumpir en una sociedad Romana solamente con la acción y la gracia divina del resucitado.

La grandeza del Espíritu enciende el corazón de cada uno de los hombres y de los cristianos. Engrandece su vida, su carisma, su vocación. La fuerza del Espíritu es inextinguible, tanto como para





hacer de aquella Iglesia primitiva, una Iglesia, grande, robusta y esperanzadora. Las lenguas de fuego representando la fuerza del Espíritu Santo, nos dejan ver esa acción generosa del amor de Dios por los hombres, de esa filantropía Cristiana y de la posibilidad de que siga por muchas generaciones tocando y encendiendo el corazón de los hombres. Pentecostés es el opuesto a la confusión de babel, pentecostés es unidad en la diversidad para el servicio de la Iglesia.

San Juan Crisóstomo presenta ese fuego como un fuego que nunca termina, cada Apóstol recibe una fuente de Espíritu. Pero nadie recibió el Espíritu como lo recibieron ahora los Discípulos; ni siquiera Moisés. En efecto, cuando convenía que los otros se convirtieran en Espirituales, él fue menospreciado. **Pero aquí no sucede así, sino que el mismo fuego que alumbra una lámpara podrá encender cuántas lámparas quiere y no le disminuye el fuego a aquella primera que encendió las otras, así le sucedió también entonces a los Apóstoles y desde ese momento la llama a quedado encendida hasta nosotros como Iglesia.**

El evangelio narra que todo sucedió al atardecer y con puertas cerradas, Jesús muestra su costado y heridas diciendo “la paz con vosotros”, esto infunde en los discípulos serenidad y tranquilidad. Ya que él mismo es la paz.

Nos lo dice Efesios 2- 14. “Cristo es nuestra paz, La paz de Cristo, que supera toda inteligencia, no es otra cosa distinta que su Espíritu colmando con toda clase de bienes a los que participan de él (Cirilo de Alejandría).

Por segunda vez el Señor repite “la paz esté con vosotros”, vuelve a desear la paz para reconfortar a los discípulos. Esta repetición en otorgar la paz, no es otra cosa más que tranquilizar a aquellos con los cuáles había estado personalmente, y quienes con dolor sufrieron su pasión, su muerte y con esperanza creyeron en la resurrección. Después de la pasión y después de la muerte de





Jesús, todo fue confusión. Todo se volvió atardecer y todas las puertas de sus corazones se cerraron. Hoy el Señor, les permite encontrar desde sus palabras, mostrándole su costado y sus heridas, la paz que tenían, cuándo lo acompañaban a predicar en los caminos y a la orilla de los lagos.

Nuestra Orden Dominicana, celebra con gran júbilo la fiesta de Pentecostés. Y es bien conocido y estimado por nosotros, el episodio hagiográfico que recuerda el momento en que Domingo dispersa a los pocos frailes de la comunidad naciente, enviándoles a estudiar, predicar y fundar conventos; sin duda alguna bajo la guía del mismo Espíritu que acompañó a la comunidad reunida en Pentecostés, lo cual ratifica Honorio III, al recomendar a los predicadores como un ministerio útil y un género de vida grato al Señor. Esto nos recuerda nuestro compromiso con la predicación, un compromiso en comunidad, acorde a la regla de San Agustín que asumimos y en la que leemos “lo primero porque se han congregado en comunidad es para que habiten en la casa unánimes y tengan una sola alma y un solo corazón hacia Dios” (Regla de S. Agustín n.1)

Así como la figura de Pentecostés, nos recuerda la restauración del pueblo de Israel, así mismo, nuestros proyectos comunes en casas y Conventos, deben pedir la acción renovadora del Espíritu de Dios para restaurarse diariamente y comunitariamente, desde nuestro carisma Dominicano y desde la Eucaristía, desde nuestro ser y quehacer, desde la vocación teologal, desde el sentido que le hayamos al seguimiento de Cristo.

Así mismo en el marco de este pensamiento de restauración y renovación, el último Capítulo Provincial de Chiquinquirá, nos invita a ver, no solamente con ojos de fe y responsabilidad nuestra vida Dominicana, sino también con una fuerte renovación en Cristo que nos ilumina y nos permite encontrar la gracia de renovarnos con él.





No debemos quedarnos en el atardecer, sino hacer amanecer nuestra vida religiosa y abrir las puertas a la acción del Espíritu Santo, desde cada una de las labores que nosotros tenemos como bautizados, como consagrados como Ministros; permitirá que el fuego del Espíritu inunde los corazones de aquellos que nos ven y nos oyen encontrando no solamente la luz del fuego sino el calor de la misión en cada una de sus vidas.

Que hermoso en el marco de la fiesta de Pentecostés, poder iniciar una labor como “primero entre hermanos”, si lo primero que hemos venido es a vivir en comunidad debemos recordar que cada uno de nuestros carismas, que cada uno de nuestros dones, que el poder que cada uno posee, como Ministro y como bautizado, debe ponerse al servicio de la comunidad y al servicio de la Iglesia. En esta casa de formación debemos proyectar a nuestros formandos futuros Frailes Sacerdotes, Frailes Solemnes, a estar comprometidos como los Apóstoles, en una responsabilidad social, a poner su mirada en el pobre, el enfermo y el necesitado, en el excluido y el desamparado, en un mundo concreto y en una historia concreta, la cual, se desarrolla desafortunadamente dejando atrás los valores Cristianos, el amor y la importancia por el prójimo y la dignidad humana.

Por eso, invocamos al Espíritu de Dios el día de hoy, para que no sea solamente en cabeza del primero entre los hermanos, es decir del Prior, el proyecto comunitario que tendrá este Convento de Santo Domingo, sino que ese fuego del Espíritu inunde el corazón de cada uno de los Frailes que habitan este Convento y el corazón de los Laicos colaboradores en las diferentes obras de nuestra Provincia como los colegios y la universidad, aquellos que acompañan los procesos evangelizadores de la vida dominicana y que ayudan a desarrollar una misión teológica, una predicación permitiendo dar respuestas a los conflictos de la sociedad local.





Así como los Apóstoles desde cada una de sus vivencias con Jesús y desde su diversidad de vidas, pudieron tener unidad, así mismo, sé que cuento con cada uno de los hermanos de este Convento, con cada una de sus riquezas, en la vida religiosa, en la vida misional, en la vida evangelizadora, desde las fortalezas de su edad madura y de su juventud para poder proyectar desde este Magno Convento, una luz y una esperanza que renueve los corazones de los fieles que se acerquen a este glorioso Claustro y por supuesto con nuestros hermanos de casas y conventos de nuestra Provincia.

Por eso los invito a que con ese nuevo amanecer y con las puertas abiertas a los proyectos comunes del Convento y de nuestra Provincia, podamos encontrarnos con Jesús y tener la tranquilidad de que la paz de Cristo está con cada uno de nosotros. Que esa Paz de Cristo que fortalece y renueva el corazón de los Apóstoles, también renovará y restaurará cada una de nuestras vidas y de nuestras labores.

Es Cristo resucitado que nos muestra su costado y sus heridas, quien nos compromete con todo el proyecto kerigmático de la predicación y nos acompaña para poder fortalecer una comunidad local y formadora con la gracia del Espíritu Santo.

María Reina de los Apóstoles, quien recibió con amor maternal a los Apóstoles el día de Pentecostés y quien nos invita en este año del Centenario de su coronación como Reina y Patrona de Colombia, nos guie, nos proteja y nos bendiga en este caminar encontrando en su seno y en su amor de madre esa protección que como hijos de Santo Domingo profesamos en la fe.

